Instituto Cervantes

INCLUSIÓN, DIVERSIDAD, SOBERANÍA LINGÜÍSTICA E INNOVACIÓN

Declaración sobre la promoción del español y las culturas de los países hispanohablantes

Instituto Cervantes

INCLUSIÓN, DIVERSIDAD, SOBERANÍA LINGÜÍSTICA E INNOVACIÓN

Declaración sobre la promoción del español y las culturas de los países hispanohablantes

Instituto Cervantes

El Instituto Cervantes, a través de su Observatorio Global del Español, publica anualmente el informe «El español: lengua para el mundo», que ofrece la fotografía demolingüística más actualizada de nuestro idioma. Y los datos son elocuentes. En 2026, el conjunto de hablantes de español —sumando quienes tienen dominio nativo, quienes lo hablan con una competencia limitada y quienes lo están aprendiendo— asciende ya a algo más de 640 millones de personas. Eso convierte al español en la tercera comunidad de hablantes nativos del planeta, únicamente por detrás del chino mandarín y del hindi, este último impulsado por el intenso crecimiento demográfico de la India. En el Instituto Cervantes defendemos el lenguaje claro no como una forma de simplificar o de tratar al público como si no pudiera entender, sino como el compromiso de utilizar un lenguaje transparente e inclusivo, capaz de que cualquier persona entienda lo que cabe en las palabras y en la comunicación.

Pero hay otro dato especialmente relevante para la enseñanza del español como lengua extranjera, en un diálogo continuo con sus docentes : desde hace 15 años, el número de personas que aprenden español como lengua extranjera ha crecido más de un 35 %, y solo entre 2024 y 2025 ese crecimiento ha sido de un 7 % adicional. En el propio Instituto Cervantes hemos señalado que, si se mantiene este ritmo de institucionalización del español en los sistemas educativos, la cifra de estudiantes de español podría alcanzar los 100 millones antes de que termine el siglo.

La composición de esa creciente comunidad de aprendices revela, además, una realidad especialmente significativa. Este mosaico de estudiantes de español ha crecido, desde 2012, a un ritmo mucho más acelerado que el del propio crecimiento demográfico de los países hispanohablantes, que lo ha hecho solo un 22 %. Y ese crecimiento del aprendizaje de español está impulsado, sobre todo, por la enseñanza institucionalizada de nuestra lengua en los sistemas educativos de varios países de Europa, de Estados Unidos y de Brasil, que son, precisamente, los territorios que hoy aportan mayor nú-

mero de aprendices al conjunto mundial de nuestra lengua. Pero los representantes académicos de los principales departamentos universitarios donde se estudia español son solo una parte de la ecuación profesional que impulsa nuestra lengua y nuestra cultura internacionalmente. Y esa ecuación estaría incompleta sin incluir a los miles de profesoras y profesores de los sistemas educativos en cuyas aulas de los niveles de secundaria se atiende a millones de alumnos de español. De esta manera, el profesorado de español en el mundo refleja el mapa exacto de donde se está jugando hoy el futuro demográfico del español.

Hay, además, una dimensión de nuestra lengua que a menudo pasa desapercibida en los grandes titulares y que para el Instituto Cervantes resulta esencial subrayar: el español es, cada vez más, una lengua migratoria. Uno de cada diez hablantes nativos de español reside hoy en un país donde el español no es lengua oficial ni mayoritaria, y la cifra de hablantes potenciales de español fuera del ámbito hispánico supera ya los 120 millones de personas. La Unión Europea, sin contar España, es hoy lugar de residencia para más de 45 millones de hispanohablantes. Esto quiere decir que buena parte de quienes enseñan español no lo hacen como una lengua exótica y lejana, sino como la lengua que muchos de sus propios estudiantes escuchan en casa, en la mesa familiar, en las llamadas con los abuelos: una lengua de herencia, tanto como una lengua extranjera.

A su vez, nos encontramos ante otro fenómeno que conviene tener presente: la evolución demográfica natural del español se ha ido ralentizando —el crecimiento de hablantes con dominio nativo es más moderado que el de otras franjas—, mientras que ha aumentado de forma notable la emigración hacia y entre los propios países hispanohablantes, en paralelo a un intenso proceso de urbanización que alcanzará al 86 % de la población del espacio hispanohablante en el año 2050. Ese proceso no es inocuo: los análisis demolingüísticos del Instituto Cervantes advierten de que esa urbanización acelerada puede ir en detrimento del uso de lenguas minoritarias y originarias.

Y todo ello está en estrecha relación con una dimensión que suele sorprender a quienes solo piensan en el español en términos culturales o educativos: su peso económico. El Instituto Cervantes viene impulsando desde hace un par de décadas una línea de investigación, en colaboración con instituciones como el Real Instituto Elcano o la Fundación Telefónica, que ha permitido cuantificar algo que muchas veces intuimos pero rara vez medimos: que compartir el español multiplica el comercio bilateral entre nuestros países en torno a un 290 % y que la lengua, por sí sola, puede llegar a explicar una proporción muy significativa —en algunos cálculos, en torno al 15 o el 16 %— del producto interior bruto conjunto de los países hispanohablantes. El español, por lo tanto, no es solamente un patrimonio cultural que hay que proteger: es también una infraestructura económica que sostiene empleo, comercio y movilidad para cientos de millones de personas, y el profesorado, desde las aulas, contribuye a construir esa infraestructura, ladrillo a ladrillo, palabra a palabra.

Esa dimensión económica tiene, hoy, una traducción muy concreta en el terreno digital. Conviene recordar, aunque sea brevemente, algo que suele sorprender a quienes piensan en el español sobre todo en términos de hablantes de carne y hueso: nuestra lengua es, desde hace años, una de las más presentes en el mundo digital. El español ocupa el tercer puesto entre las lenguas más utilizadas en internet, y en varias de las grandes redes sociales llega a situarse en segunda posición mundial, únicamente por detrás del inglés. Esa presencia digital no es un dato menor para quienes nos dedicamos a la enseñanza: significa que buena parte del material con el que hoy aprenden nuestros estudiantes, dentro y fuera del aula, ya no llega solo a través de libros de texto, sino a través de celulares, pantallas, aplicaciones y, cada vez más, sistemas de inteligencia artificial.

Son cifras que hablan de una lengua vibrante y en expansión. Pero la observación del español que lleva a cabo el Instituto Cervantes abarca más allá de la demolingüística. Consideramos fundamental mirar de cerca el español como lengua de expresión de valores democráticos, abordando cuestiones como la comunicación clara, los derechos de la ciudadanía, la inclusión de las personas con discapacidad, el papel de los medios de comunicación y los sesgos que la inteligencia artificial puede introducir en nuestra lengua, sin perder de vista que es ahí donde se juega buena parte de nuestro futuro profesional inmediato.

Otro de los ejes principales de esta declaración es la democracia lingüística, entendida no como un concepto abstracto, sino como algo que hoy se discute, se disputa, e incluso en algunos lugares del planeta, se recorta; y nos lleva a otro concepto esencial en estos tiempos, el de «soberanía lingüística», que marca de modo decidido la actividad del Instituto Cervantes. No podemos hablar del auge del español sin hablar también de las tensiones que atraviesa el mundo hispanohablante y, de manera muy señalada, Estados Unidos, donde vive la comunidad hispana más numerosa fuera de los países

de habla española. En marzo de 2025, el Gobierno de Estados Unidos estableció por primera vez en la historia del país el inglés como idioma oficial federal, una decisión que eliminó, entre otras cosas, la obligación de prestar servicios lingüísticos en español por parte de las agencias federales. El Instituto Cervantes ha advertido que este tipo de políticas podría ir en detrimento de derechos sociales y lingüísticos alcanzados, heredados o adquiridos por la población hispana en aquel país. Cuando un gobierno decide que una lengua hablada por decenas de millones de sus propios ciudadanos deja de merecer atención administrativa, no está tomando solamente una decisión burocrática: está enviando un mensaje sobre qué comunidades importan y cuáles se vuelven, de la noche a la mañana, un poco más extranjeras en su propio país. Es lo que hemos presenciado en los últimos tiempos en Estados Unidos con la comunidad hispanohablante. Y ese tipo de mensajes, lamentablemente, no se quedan en el ámbito lingüístico: acompañan, casi siempre, políticas más amplias de rechazo a la diversidad y de presión sobre las comunidades migrantes e hispanohablantes, en un momento de crisis y reacomodo del orden multilateral.

Esta situación tiene, además, consecuencias muy concretas para instituciones como el Instituto Cervantes: la actitud de mayor beligerancia de ciertas políticas estadounidenses hacia lo que representa la diversidad cultural europea e hispanoamericana dificulta, en la práctica, el desarrollo de proyectos culturales y educativos que hasta hace poco se daban por descontados.

Frente a esto, la convicción del Instituto Cervantes es que la cultura y la lengua no deben convertirse en un frente más de la batalla política, sino en un espacio distinto: un puente que sirve para trabajar superando los enfrentamientos y para seguir construyendo relaciones allí donde la diplomacia oficial encuentra muros. Enseñar español, difundir la literatura hispánica, sostener redes académicas: todo eso es, también, una forma silenciosa y tenaz de defender la convivencia. La labor del Instituto Cervantes representa una afirmación de que el español seguirá siendo una lengua abierta, una lengua de encuentro, precisamente cuando otras fuerzas empujan hacia el cierre y la exclusión. La lengua y los valores democráticos no son dos asuntos distintos que a veces se cruzan, sino la misma cuestión vista desde dos ángulos.

El Instituto Cervantes sostiene, asimismo, un principio fundamental: el español no pertenece a una academia ni a una institución; pertenece a sus hablantes, a quienes lo enseñan y a los millones de estudiantes que se interesan por aprenderlo. Pertenece a las maestras rurales y a los poetas exiliados, pero también a cada una y cada uno de los investigadores, especialistas y profesores que enseñan español cada día en aulas de Arizona, Boston, Colorado y Los Ángeles, de Montreal en Canadá, de Costa Rica, Ciudad de México y La Habana, de Suecia, de Nueva Zelanda, de Camerún, de Paraíba, Río Grande Norte y São Paulo en Brasil, de Jamaica, Perú, Argentina, Colombia y Bolivia, de Nottingham en Reino Unido, de Heidelberg y Göttingen en Alemania, de Jilin en China, de Ereván en Armenia, o de Córdoba y Granada en España. Profesoras y profesores que con ese trabajo cotidiano hacen mucho más por la difusión de los valores democráticos que muchos discursos oficiales.

Todo esto se entrelaza con los conceptos de mestizaje e interculturalidad, porque el español es una lengua que ha crecido dialogando. El español nunca ha sido una lengua pura, y esa es precisamente su fortaleza. No es casualidad que este haya sido, de hecho, uno de los grandes ejes del último Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en octubre de 2025 en Arequipa, Perú, bajo el lema «Grandes desafíos de la lengua española: mestizaje e interculturalidad, lenguaje claro y accesible, culturas digitales e inteligencia artificial». Que el mestizaje encabezara, junto a la inteligencia artificial, los grandes retos identificados por el Instituto Cervantes y el conjunto de las academias de la lengua española, confirma que no hablamos de un tema marginal, sino de una de las claves para entender hacia dónde camina nuestro idioma.

Desde el siglo XVI, el castellano que llegó a América entró en contacto con centenares de lenguas originarias, y de ese contacto nació buena parte del vocabulario que hoy compartimos sin pensar en su origen: palabras como cóndor, poncho, guano o pampa, que llegaron del quechua y del mapudungún; chocolate, tomate o aguacate, que vienen del náhuatl; huracán, canoa o hamaca, que llegaron del taíno caribeño. El español que hoy nos permite entendernos entre hablantes de más de veinte países, es ya, desde su origen americano, una lengua mestiza: una lengua que se hizo grande no a pesar del contacto con otras lenguas sino gracias a él.

El español no es una lengua monocéntrica, con una única norma que desciende desde algún lugar de España hacia el resto del mundo, sino una lengua pluricéntrica, con múltiples centros de irradiación normativa —Madrid, pero también Ciudad de México, Bogotá, Buenos Aires o Santiago— que dialogan entre sí en pie de igualdad. Ese es, de hecho, el principio que ha guiado desde hace años el trabajo conjunto de miles de docentes de español en numerosos países, de numerosos especialistas e investigadores universita-

rios, y de los representantes de la Real Academia Española y las veintidós academias americanas y la filipina que integran la Asociación de Academias de la Lengua Española: describir el español no como una lengua con un centro y una periferia, sino como una lengua policéntrica hecha de la suma de todos sus acentos.

Y ese mestizaje sigue vivo hoy, no solo en el vocabulario heredado sino en la propia diversidad lingüística de los países donde se enseña español como lengua extranjera. Según los datos del Instituto Cervantes, en países como México se conservan 68 lenguas indígenas u originarias en uso, en Colombia 65, en Perú 48, en Venezuela 37 y en Bolivia 33; Paraguay, por su parte, ha convertido el guaraní en lengua oficial junto al español, en una de las experiencias de bilingüismo institucional más consolidadas del continente. En Chile, conviven con el castellano seis lenguas originarias —aimara, quechua, rapa nui, kawésqar, yagán y mapudungún—, además de una séptima, el kunza del pueblo lickanantay, que hoy se encuentra en un proceso de revitalización en San Pedro de Atacama. Lenguas con una enorme riqueza cultural y una vitalidad demográfica menor de la que merecen, y que necesitan políticas activas de transmisión generacional para no perderse.

Todas las cifras sobre el auge del español no deben entenderse nunca como un discurso de sustitución: el español no crece legítimamente allí donde borra una lengua originaria, sino allí donde aprende a convivir con ella. Naciones Unidas proclamó el periodo 2022-2032 como el Decenio Internacional de las Lenguas Indígenas, precisamente para llamar la atención sobre el riesgo de desaparición que afecta a cientos de estas lenguas en todo el mundo, muchas de ellas en el continente americano. Y en esa misma dirección se creó, con el impulso de la Cumbre Iberoamericana, el Instituto Iberoamericano de Lenguas Indígenas, con sede en La Paz, dedicado a proteger y promover los más de quinientos idiomas originarios que aún se hablan en la región.

Para la formación de profesores de español como lengua extranjera, esta realidad tiene una consecuencia muy concreta: enseñar español no puede hacerse de espaldas a esta realidad plurilingüe. Un profesor de lengua española en Cuzco, en Asunción, en Chiapas o en Temuco (esa región de la Araucanía, con fuerte presencia de población y cultura mapuche), trabaja necesariamente en contextos donde muchos de sus estudiantes son hablantes de herencia de otra lengua originaria, o donde esa lengua sigue presente en la vida familiar y comunitaria de sus alumnos, aunque no lo esté en el aula.

Ignorar esa realidad no es neutralidad lingüística; es, simplemente, una forma de empobrecer nuestra propia enseñanza. Incorporarla, en cambio —a través del léxico compartido, de la toponimia, de la literatura oral, de la conciencia de que el español mismo lleva siglos de mestizaje en su vocabulario— es una manera de practicar, dentro del aula, una democracia lingüística que no solo defiende el derecho a hablar español, sino también el derecho a seguir hablando aimara, quechua, mapudungún, guaraní o rapa nui.

Entre los retos inmediatos se encuentra también la irrupción de la inteligencia artificial en la enseñanza del español. Sin caer en discursos catastrofistas sobre las máquinas, consideramos que la actitud correcta es la que intentamos sostener desde el Instituto Cervantes: la integración de la inteligencia artificial en la educación es ya inevitable y nuestra responsabilidad no es resistirnos a ella, sino vigilar cómo se construye. Los seres humanos somos quienes programamos las máquinas y, por tanto, desde nuestras instituciones —universidades, centros de lenguas, organismos educativos y culturales— tenemos la obligación de vigilar que esos sistemas no reproduzcan ni amplifiquen sesgos racistas, machistas, supremacistas o de cualquier otro tipo. La lengua que enseñamos no es un código neutro: es memoria, es cultura, es una manera de nombrar el mundo, y por eso la diversidad que debemos preservar en el entorno digital no es únicamente lingüística, sino también cultural. En una lengua se expresa conocimiento, patrimonio, literatura, formas de creación y distintas maneras de interpretar el mundo que también deben encontrar representación en los nuevos sistemas tecnológicos. Y si dejamos que esa lengua se programe sin supervisión humana y sin diversidad de miradas, corremos no solo el riesgo de que el español que hablen las máquinas del futuro sea un español empobrecido, homogéneo y desprovisto de sus acentos, sino de que sesgos de la peor índole influyan en la transmisión del conocimiento que deleguemos en esas inteligencias artificiales.

Este peligro no es únicamente un problema técnico o abstracto sino que tiene una traducción muy directa sobre lo que los profesores hacen cada día en el aula. Un modelo de lenguaje entrenado mayoritariamente con textos procedentes de un puñado de países o de una sola variedad del español corre el riesgo de tratar como «correcto» solo ese español y como «desviación» o «error» todo lo demás, que es nuestro capital más preciado: la diversidad de nuestra lengua, el voseo rioplatense, el léxico andino, los rasgos del español chileno o del español caribeño, o la enorme riqueza de contacto con las lenguas originarias señalada anteriormente. Si no vigilamos

ese proceso, la inteligencia artificial podría terminar haciendo, en cuestión de años, lo que ningún imperio ni ninguna «real academia» logró hacer en cinco siglos: imponer una sola forma de hablar español como la única legítima.

Y hay un segundo riesgo, no menos importante: el de una nueva brecha digital que separe a los países y a las comunidades cuyos datos, textos y voces alimentan estos sistemas, de aquellos —a menudo los mismos que atesoran las lenguas originarias mencionadas anteriormente— cuya presencia en el mundo digital es todavía mínima o inexistente.

Frente a este doble riesgo, el Instituto Cervantes no ha querido quedarse en el diagnóstico. Nuestra responsabilidad no consiste únicamente en observar o advertir de los riesgos, sino también en participar activamente en la construcción de ese ecosistema generando y poniendo en circulación recursos y contenidos, favoreciendo corpus diversos, impulsando la cooperación panhispánica y contribuyendo a que el español y las culturas que se expresan en él estén presentes en las tecnologías con las que se producirá y transmitirá una parte creciente del conocimiento. Desde 2021, junto con la Red Canoa —la red panhispánica de centros culturales que trabaja por la internacionalización de la cultura en español—, promovemos el *Decálogo ético para una cultura digital panhispánica*, un código de buenas prácticas alineado con las directrices éticas para una inteligencia artificial fiable desarrolladas por la Comisión Europea. Ese decálogo nace, precisamente, de la idea de que no existe un hablante más extranjero que una máquina y la convierte en compromisos concretos: que la comunicación de las inteligencias artificiales, como emisoras y receptoras de información, sea responsable e inclusiva y esté siempre al servicio de las personas; que los algoritmos amplíen, y no reduzcan, el atractivo de nuestra lengua en toda su diversidad y el de la cultura panhispánica que la acompaña; que las traducciones automáticas hacia y desde el español se hagan no solo con calidad, sino con estándares éticos que impidan trasladar los sesgos de los que hablamos; y que se fomenten las opciones de personalización de voces, tonos y estilos, de manera que la presencia digital del español no sea monolítica, sino tan rica y dinámica como la propia comunidad de sus hablantes

El *Decálogo ético para una cultura digital panhispánica* constituyó un primer compromiso con estos principios. A partir de ellos, el Instituto Cervantes ha avanzado hacia un marco ético de actuación que permita afrontar los nuevos desafíos de la inteligencia artificial desde una perspectiva no solo tecnológica, sino también lingüística y cultural, y trasladar esos principios a las decisiones sobre cómo nuestra lengua, sus variedades y las culturas que se expresan en ella estarán presentes en los nuevos entornos digitales.

Por eso resulta especialmente interesante esa idea de que no existe un hablante más extranjero que una máquina. Ninguna inteligencia artificial ha vivido un desarraigo, ni ha añorado una palabra en otro idioma, ni ha aprendido a nombrar el dolor o el amor en una lengua que no era la suya. Esa distancia permite situar con mayor claridad las posibilidades y los límites de la tecnología: puede ser una herramienta extraordinaria para la enseñanza del español —y lo es ya, en la corrección automática, en la personalización del aprendizaje, en el acceso a materiales para estudiantes en cualquier rincón del mundo—, pero no puede sustituir la experiencia humana de aprender una lengua, que es siempre, también, aprender a mirar el mundo desde otro lugar.

Ese es, precisamente, el espíritu con el que el Instituto Cervantes ha impulsado el Observatorio Global del Español: un espacio pensado, entre otras cosas, para que el español y la diversidad cultural que se expresa en nuestra lengua no queden en desventaja cuando se trata de programar el lenguaje de las máquinas y de los grandes modelos de inteligencia artificial, y para que la enseñanza de nuestra lengua a hablantes de herencia y a estudiantes extranjeros pueda beneficiarse de estas tecnologías sin renunciar a lo esencial: el vínculo humano entre quien enseña y quien aprende.

Enseñar un idioma a una máquina no es solo una tarea técnica de programación, es también transmitirle una cultura y unos valores, que quedan reflejados, para bien o para mal, en el propio código. Cuando entrenamos un sistema para que entienda y produzca español, le estamos entregando, junto con la gramática y el vocabulario, una determinada manera de nombrar el mundo, de tratar a las mujeres y a los varones, a las minorías, a las personas con discapacidad, a los pueblos originarios. Por eso no es un asunto que podamos delegar sin más en ingenieras e ingenieros de otras disciplinas, por competentes que sean: es un asunto que nos concierne directamente, también al profesorado de español, por su conocimiento de la responsabilidad ética que implica poner una lengua, y todo lo que una lengua transporta, en manos de cualquiera que la use, sea una persona o una máquina.

Un ejemplo de esa responsabilidad ética se encuentra en Chile. En este país diversas instituciones académicas, especialmente la Universidad de Chile a través del Centro de Investigación Avanzada en Educación, han

desarrollado plataformas digitales y recursos de realidad virtual para la enseñanza del mapudungún, el aimara y el rapa nui, como la plataforma Educa Lenguas Originarias. Estas iniciativas buscan acercar las lenguas y culturas originarias a estudiantes y comunidades educativas mediante herramientas digitales e inmersivas especialmente atractivas para las generaciones más jóvenes. Ese es, exactamente, el sentido positivo de la inteligencia artificial: no como una amenaza para la diversidad lingüística, sino como una herramienta capaz de ponerse a su servicio, si sabemos exigir que se construya con ese objetivo.

La propuesta del Instituto Cervantes no es elegir entre resistirse a la inteligencia artificial o entregarse a ella, sino algo más exigente: que seamos nosotras y nosotros, enseñantes de español, departamentos universitarios, autoridades educativas de los países hispanohablantes, quienes definamos los términos de esa relación. Que la tecnología se ponga al servicio de la inclusión —permitiendo, por ejemplo, que estudiantes con menos recursos accedan a materiales de calidad, o que personas con discapacidad encuentren nuevas vías de aprendizaje— y no al servicio de la uniformidad. Ese es el sentido positivo de esta reflexión: la inteligencia artificial como oportunidad para ampliar el círculo de quienes pueden estudiar español, siempre que permanezca bajo la mirada atenta y crítica de quienes conocen esta lengua desde dentro, entre ellos: el profesorado.

No se trata de un horizonte lejano ni de una promesa abstracta: ya existen ejemplos concretos de hacia dónde puede dirigirse ese esfuerzo. En España, el Gobierno ha impulsado en el último año «ALIA», la primera familia de modelos de lenguaje de inteligencia artificial desarrollada íntegramente en el país, con código abierto y entrenada específicamente en español y en las lenguas cooficiales del Estado, precisamente para que la diversidad lingüística no quede subordinada a modelos pensados, en su inmensa mayoría, desde el inglés. Es un proyecto todavía joven, con margen de mejora, como ocurre con toda tecnología en sus primeras versiones, pero apunta en la dirección que el *Decálogo ético para una cultura digital panhispánica* reclama: una infraestructura pública, transparente y abierta, que cualquier universidad, cualquier centro de idiomas o cualquier país hispanohablante pueda auditar, adaptar y mejorar, en lugar de depender exclusivamente de modelos privados desarrollados fuera de nuestra comunidad lingüística. Resulta deseable que en los próximos años se incorporen también experiencias semejantes nacidas desde Hispanoamérica, con la riqueza de acentos y de lenguas originarias incorporada desde el diseño y no añadida a última hora como una corrección de sesgos.

No es casualidad que «culturas digitales e inteligencia artificial» fuera, junto al mestizaje y la interculturalidad señalados anteriormente, otro de los tres grandes ejes del reciente Congreso Internacional de la Lengua Española de Arequipa. Mestizaje e inteligencia artificial no son dos preocupaciones distintas: son la misma pregunta formulada dos veces, con setecientos años de distancia entre una y otra. La pregunta de siempre es esta: ¿quién decide qué formas de hablar español cuentan como legítimas, y quién queda fuera de esa decisión? Antes la respondían los virreinatos, las academias o los libros de texto. Hoy, cada vez más, la empiezan a responder también los algoritmos. En esa capacidad de participar en las decisiones sobre cómo se representa, se procesa y se transmite nuestra lengua se juega también, en buena medida, nuestra soberanía lingüística. La respuesta a esa pregunta no puede quedar en manos de quienes programan las máquinas sin la participación de quienes enseñan la lengua a millones de personas cada día.

«Una alianza, un futuro compartido»

Vivimos un momento de auge indiscutible para nuestra lengua: más de 640 millones de hablantes potenciales, una comunidad de aprendices que no deja de crecer y un horizonte que, si sabemos cuidarlo, podría llevarnos a los 100 millones de estudiantes de español antes de que termine este siglo. Pero vivimos también un momento en que la diversidad, la inclusión y la propia idea de democracia están siendo puestas a prueba en distintas partes del mundo, empezando por Estados Unidos, el país donde vive la mayor comunidad hispanohablante fuera de los países en los que el español es lengua oficial o mayoritaria.

Frente a eso, la respuesta del Instituto Cervantes y de quienes enseñan, estudian y difunden el español y las culturas hispánicas no puede ser solamente técnica. Debe ser también una respuesta ética: seguir haciendo de esta lengua un instrumento de encuentro, de inclusión y de defensa de la dignidad humana, tanto en el aula como fuera de ella, tanto frente a la página en blanco como frente a la pantalla de un ordenador.



DIRECTOR
Luis García Montero

SECRETARIA GENERAL
Carmen Noguero Galilea

DIRECTOR DE GABINETE
Miguel Albero Suárez

DIRECTOR DEL OBSERVATORIO GLOBAL DEL ESPAÑOL
Francisco Moreno Fernández

DIRECTOR DE RELACIONES INTERNACIONALES
Luis Marina Bravo

SUBDIRECTORA DE RELACIONES INTERNACIONALES
Rebeca Gutiérrez Revilla

DIRECTORA DE CULTURA, BIBLIOTECAS Y CULTURA DIGITAL
Raquel Caleya Caña

DIRECTOR ACADÉMICO
Álvaro García Santa Cecilia

SUBDIRECTORA ACADÉMICA
Raquel Romero Guillemas

© De esta edición
Instituto Cervantes, 2026
Alcalá, 49. 28014 Madrid
Libreros, 23. 28801 Alcalá de Henares
www.cervantes.org

Impreso en España